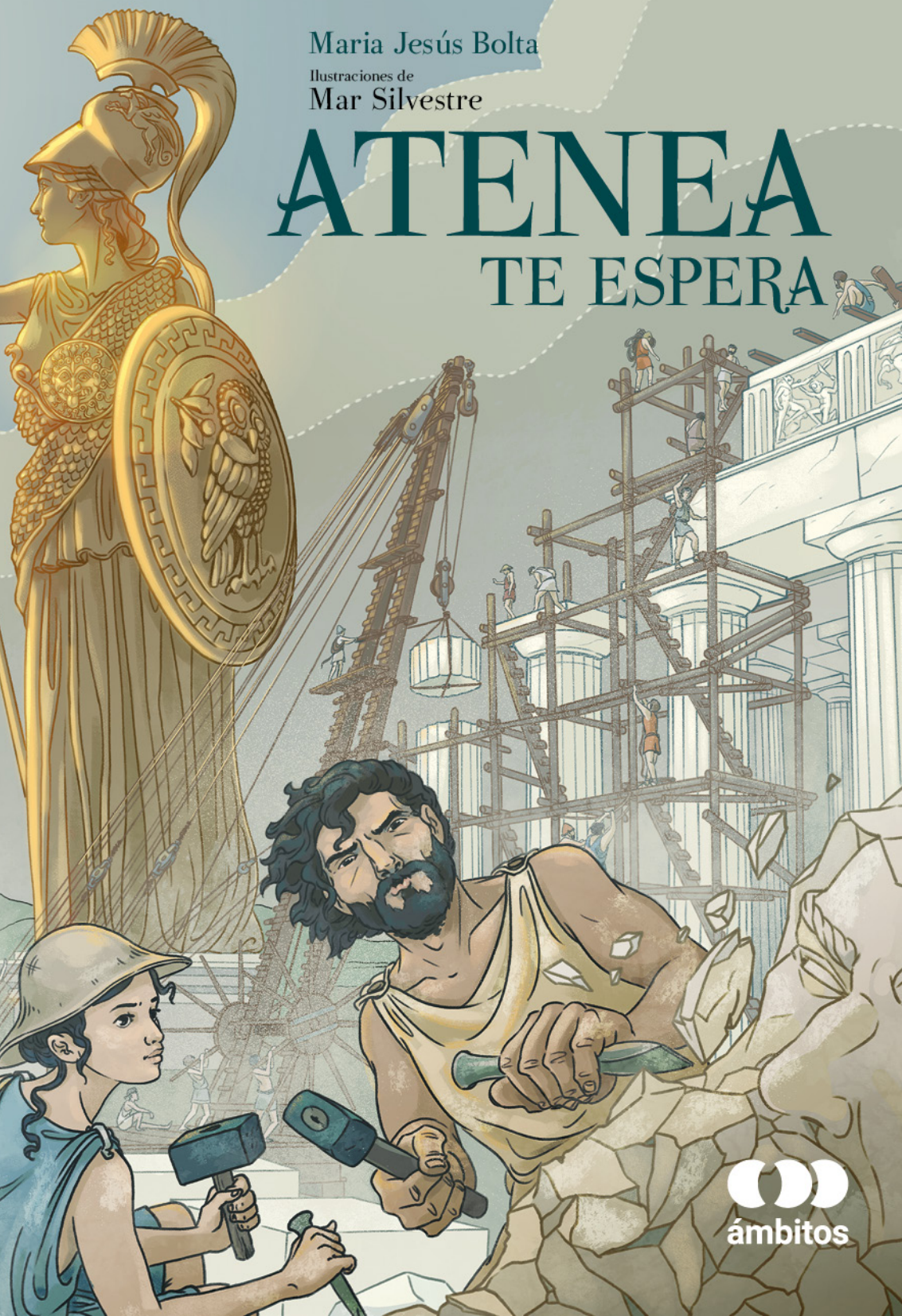


Maria Jesús Bolta

Ilustraciones de
Mar Silvestre

ATENEA TE ESPERA



Lais avanzaba despacio, recogándose continuamente el quitón, la túnica, que se le enganchaba entre las piernas y la hacía tropezar. Hacía unos días que su padre y ella habían abandonado la que había sido su casa de toda la vida, en un pueblecito del norte del Ática, y se dirigían hacia Atenas. La joven sentía el cansancio por todo el cuerpo, pero sobre todo en el alma; llevaba el dolor por la pérdida reciente de su madre infiltrado en cada fragmento de piel.

Fue cuando finalizaron las ceremonias del luto y las ofrendas, el mismo día que Lais cumplía trece años, cuando Diofante, su padre, le anunció que regresaban a la gran ciudad.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué?

Habían pasado diez años desde que la *Ekklesia* de Atenas, la Asamblea del Pueblo, había condenado al padre de Diofante, Heliodoro, al

ostracismo, es decir, a abandonar la ciudad como castigo, por una acusación en la que fueron determinantes la envidia y la traición. El hombre, injustamente acusado, había muerto en el exilio de pena, pero había llegado el gran día en que sus descendientes tenían permiso para volver al que era su auténtico hogar. Lais, sin embargo, no tenía ningún recuerdo de Atenas; se la habían llevado a la edad de tres años y había pasado la infancia y la juventud en el pueblo. No entendía por qué ahora tenía que añadir al pesar de la pérdida de su madre el dolor de la separación de sus amigos.

Durante el trayecto, su padre le fue explicando cómo recordaba Atenas, una ciudad llena de gente de todo el país destinada a ser la gran metrópoli de Grecia.

—Ahora que la guerra con Esparta ha finalizado y que hemos sellado la paz, Pericles, el gran guía de Atenas, pretende convertirla en un referente. Dicen que existen decenas de templos en construcción y trabajo para todo el mundo, Lais.

–Pero en el pueblo te consideraban el mejor escultor. ¿Por qué tenemos que abandonarlo todo? ¿Y si no nos quieren en Atenas?

–Claro que nos querrán, cariño, no padezcas. Necesitan toda clase de artesanos. De todas formas, si fuera necesario, podría trabajar en la construcción de los templos. Además, Atenas es nuestra casa.

–Seremos extranjeros en una ciudad llena de gente –volvió a insistir la joven, en un último intento por hacer desistir a su padre de la grave decisión–. Será peligroso. Tengo miedo.

–Tranquila, amor mío, no somos metecos; es decir, forasteros. Yo conservo la ciudadanía ateniense y eso nos otorga derechos. Además, tenemos una especie de protector –añadió sonriendo misteriosamente.

–¿Un protector?

–Es Cleómedes, el escultor. De jóvenes, éramos los mejores amigos. Cuando falleció tu madre, me puse en contacto con él para contarle que quería volver a Atenas y me ofreció su ayuda.

—¿Qué ayuda?

—Nos ha hecho un préstamo. Cuando nos echaron, tuvimos que vender nuestra casa porque necesitábamos dinero para empezar una nueva vida. Cleómedes nos ha encontrado un alojamiento. De momento, será poca cosa, pero con el tiempo volveremos a ser quienes fuimos. Él trabaja en la construcción del templo de Atenea y me ha prometido que me ayudará a encontrar trabajo en la ciudad. Y dice que, si quieres, puedes acudir a su taller; conocerías a su mujer, Esara, y a sus tres hijos, que son algo más mayores que tú y también son escultores.

Lais no conseguía imaginarse viviendo lejos de su gente y de la casita donde había crecido, pero sabía que su padre no atendería a razones: ya tenía decidido empezar una nueva vida, para él y su hija, abrazado al recuerdo de su esposa, en la ciudad que lo había visto nacer.

A medida que se acercaban a la capital y atravesaban campos cultivados por esclavos, vigilados de cerca por sus dueños, se sorprendían por la

gran cantidad de gente que los acompañaba en el camino: comerciantes, extranjeros que se expresaban en idiomas que no identificaban, soldados a pie, trabajadores humildes con sus familias y sus herramientas a cuestas, mendigos, prisioneros de guerra de todas las edades y condiciones que, atados unos a otros, avanzaban con la mirada perdida... A Diofante cada rincón le recordaba su juventud, y no paraba de rememorar anécdotas de los parajes que se les abrían frente a los ojos como si fueran un sueño al descubierto. Hacía tiempo que Lais no lo veía tan animado, desde que la muerte de su esposa le había apagado la mirada. Ese día, de camino a la que había sido su casa, lo notaba desbordante de alegría. Ella, mientras tanto, se esforzaba por disimular la ola de tristeza que la inundaba.

—No quiero pensar cómo será volver a vivir aquí —murmuró su padre cuando, por fin, llegaron a las puertas de Atenas.

Fue pasar por debajo de uno de los arcos que daban entrada a la ciudad y quedarse

boquiabiertos por el ambiente extraordinariamente vivo que se respiraba. A medida que caminaban en busca de la casa de Cleómedes, se maravillaban con la exposición de templos, estatuas de diferentes tamaños, fuentes, fuegos, coronas, casas que también eran talleres, plazas y plazoletas que animaban las calles. El padre recordó que allí, hacia la derecha, se encontraba el ágora, la gran plaza donde cada día solían reunirse los ciudadanos y los comerciantes de todo tipo, y que representaba el corazón de Atenas.

—¡No la reconozco! ¡Cómo ha cambiado! —se extasiaba.

Después de un buen rato esquivando a gente, soldados y alguna carreta, entraron en el inmenso barrio de los escultores, donde los recibió una estatua de Hefesto, dios del fuego, del trabajo en metal y también de la escultura. No les costó mucho localizar la casa de quien iba a ayudarlos; era una de las más grandes de los alrededores.

—¡Querido Diofante! —exclamó una voz a sus espaldas.

–¡Por Hefesto! Cleómedes, ¡qué alegría!

El amigo de infancia era bastante más mayor que el padre de Lais, al menos lo aparentaba por la enorme barba, blanca como la nieve, que le cubría medio rostro. La túnica le abrazaba un cuerpo fornido y tenía una sonrisa que a Lais le pareció del todo forzada. Se ofrecieron los respetos mutuos y Diofante presentó a su hija a quien debía convertirse en su salvaguarda. Cleómedes la miró de arriba abajo.

–Afrodita ha sido muy generosa contigo.

Lais enrojeció; no se esperaba un saludo tan directo.

–No le hagáis caso, queridos –intervino de repente una mujer bajita que apareció en medio del patio donde acababan de entrar–. Mi marido siempre ha deseado tener una hija, pero, a pesar de las ofrendas que les hemos hecho, las diosas no han considerado adecuado otorgárnosla. Ellas sabrán por qué.

Diofante la saludó con una reverencia.

–Me alegro de volver a verte, Esara.

La esposa de Cleómedes inclinó ligeramente la cabeza mientras miraba a Lais de reojo.

—Mis hijos pequeños, Aristipo y Eneas, han salido con sus amigos, pero el mayor, Dionisio, estará a punto de...

—¡Buenas tardes! —saludó en ese mismo instante un joven moreno y alto que acababa de abrir la puerta de entrada de un trompazo y se acercaba a ellos casi corriendo—. Bienvenidos a nuestra casa.

Diofante lo recordaba de pequeño como una criatura viva y alegre.

—Estás hecho un hombre, Dionisio. Me han dicho que participaste en la guerra contra Esparta y que fuiste un hoplita muy valiente.

El otro le dio las gracias, pero ya había desviado la mirada hacia Lais y, con una sonrisa que habría fundido todas las nieves del Olimpo, susurró:

—Lais, un placer...

A la joven aquellas pupilas verdes le parecieron provocadoras. Se puso tan nerviosa que no supo qué responder.



–Mi padre me ha hablado mucho de ti...
–continuó el otro.

¿Cleómedes? ¿Qué sabía ese hombre de ella?
¿Se lo había contado Diofante? ¿Por qué? A Lais no le gustó la actitud arrogante de aquel adonis que todavía no le había soltado la mano, y se la retiró de forma brusca. Como para distraer la tensión que se había generado, la voz de Cleómedes, de golpe, retumbó en la atmósfera:

–¡Basta, Dionisio! Te dije que no quería que molestases a mi amigo y a su hija. ¡Pensaba que te había quedado claro!

El rostro del joven cambió de color:

–Perdón, padre. Solo pretendía ser amable.

–Pues ya hemos tenido bastante de tu amabilidad. Retírate.

El muchacho no se lo hizo repetir y, casi sin levantar los ojos del suelo, se dio la vuelta y salió a la calle.

Cuando el hijo desapareció y Esara se retiró discretamente al gineceo con las demás mujeres, Cleómedes recuperó el tono amable y les ofreció

enseñarles la casa. Esta se extendía en torno a un gran patio rodeado de habitaciones, donde imperaba una pequeña estatua de Hefesto. Diofante y Lais sonreían boquiabiertos por la magnificencia de aquella construcción, pero fue el edificio contiguo lo que los acabó de cautivar.

—Este es mi imperio —dijo Cleómedes, sin disimular su orgullo.

Era su taller. Los ojos de Lais brillaban de emoción. En el pueblo solo disponían de una mesa y poco más para trabajar las esculturas. El sitio le pareció inmenso. Su padre le había contado que Cleómedes era un escultor reconocido en Atenas. No es que Diofante no tuviera buena imagen en el norte del Ática, pero ser famoso en Atenas eran palabras mayores. Diofante esperaba conseguir pronto él también el reconocimiento de la ciudadanía ateniense y que lo buscaran para edificar estatuas en memoria de dioses, diosas y héroes.

—Y ahora, si me permitís —los invitó Cleómedes—, os acompañaré a la que será vuestra residencia.

La casa estaba varias calles más allá, casi a las afueras del barrio de los escultores. Su nuevo hogar no los decepcionó; se lo esperaban. Se parecía a la mayoría de las casas repartidas por toda Atenas. En una calle bastante estrecha de tierra y polvo y ligera pendiente, señaló una construcción modesta de una sola estancia y cuatro paredes peladas. Detrás de un trozo de cortina, dos camas. Delante de la entrada, una pequeña explanada de tierra batida donde instalarían la mesa y las sillas.

Tras despedirse de Cleómedes y darle de nuevo las gracias, padre e hija cerraron la puerta y se abrazaron.

—Estamos en Atenas, Lais. Aquí empezamos una nueva vida con el recuerdo de tu madre. Los dioses nos protegerán, ya verás. Todo irá bien.

La joven asintió, pero la profunda pena que sentía le humedeció la mirada. «¿Qué hacía tan lejos de casa?», se preguntó.